

La Sagacidad del Llanero: Humildad, Refranes y la Civilidad de Luis Herrera Campíns como Arma Política

Autor: Sodja Guaimare Juan Jose
C.I: V.- 25.899.888

El aire de este estudio imaginario es sereno, filtrado por la luz de una tarde cumanesa, que se adivina tras los ventanales. Aquí, en la quietud de la memoria y el pensamiento, imaginando como sería un encuentro con Luis Herrera Campíns (1925-2007), aquel hombre que transitó sin estridencias de un exilio con propósito a la presidencia de una de las naciones más importantes de Suramérica, del pupitre de un nobel periodista acarigüeño al escaño parlamentario del senado nacional. Este ensayo no es una biografía lineal, sino una inmersión en su espíritu, una conversación íntima que busca desentrañar el hilo conductor de su vida pública: la civilidad y el culto a la palabra.

¿Por qué hablar con el Dr. Herrera hoy? En una Venezuela marcada por la polarización y el olvido histórico, su figura se erige como un faro de la ética pública y la capacidad de diálogo. Herrera Campíns representa una estirpe política que antepone la nación al partido, la sagacidad a la diatriba. Su legado, eclipsado a menudo por las crisis económicas que signaron su mandato (1979-1984), cobra una vigencia brutal. Es imperativo revisitarlo no solo como el Presidente que inauguró el Teatro Teresa Carreño o la Basílica de la Virgen de la Paz, sino como el maestro que predicó con el ejemplo la paciencia democrática, pues para él, fue el periodismo un apostolado.

Su trayectoria fue un recorrido inusual por las avenidas del servicio público venezolano. Nacido en Acarigua, su juventud fue una forja de resistencia contra la dictadura. Fue periodista de trincheras, exiliado en Europa donde fundó periódicos y luchó por la restauración democrática. De regreso, se convirtió en **parlamentario** por casi dos décadas (1959-1978), un período de oro en el Congreso que la UCAB se ha encargado de recopilar. Más tarde, ascendió a la **presidencia**, un lustro en el que el Estado asumió una vocación cultural y social profunda. Y en el corazón de todo, Herrera fue siempre el **maestro**; no solo en las aulas universitarias, sino en la transmisión de valores a sus compañeros de partido y a la ciudadanía. Su vida fue un testimonio de que el ejercicio político no es una carrera de poder, sino una **escuela de ciudadanía**, un concepto que resonaba en sus

artículos y discursos y que algunos cuantos se asustaban al resonar de sus pasos sonoros, esos dignos de un llanero.

Al iniciar nuestra conversación, me miro con ese brillo característico, mezcla de ironía llanera y profunda seriedad. Le pregunto directamente por el concepto de "palabra" en la política. Él se recuesta en el sillón y me regala la primera de sus confidencias. "El político, mi joven amigo, se mide por la palabra empeñada. Es un acto de fe. Sin ella, la democracia es solo ruido". Es la puerta de entrada a su mundo, un universo donde la prensa, el parlamento y la cátedra convergían en la búsqueda incansable de la decencia pública. Desde casa escrito, nos disponemos a recorrer los capítulos de su vida, entendiendo que cada rol que asumió no fue una meta, sino una convicción marcada para un fin mayor: la dignidad humana y el bienestar colectivo. Este encuentro busca, sobre todo, recuperar la enseñanza de Herrera: la política es un oficio de humanismo y humildad, en pocas palabras Herrera anhelaba servir y no ser servido.

“El periodismo fue mi escuela de ciudadanía”. Esta frase, que me repite con una sonrisa cómplice, condensa la visión de Luis Herrera Campíns sobre su oficio inicial. No era solo un articulista; era un intérprete de la realidad, un forjador de opinión y un observador implacable. Sus inicios en la prensa, desde la clandestinidad en dictadura hasta la dirección de medios en el exilio, definieron su carácter político, dotándolo de una sensibilidad única ante las injusticias y la fragilidad institucional.

En sus reflexiones periodísticas, Herrera constantemente reflexionó sobre la ética pública y la responsabilidad ciudadana. Lejos del sensacionalismo, sus textos se concentraban en la necesidad de que la sociedad civil no abdicara de su rol fiscalizador. Él entendía que la prensa era el nervio de la democracia, y que su deber iba más allá de informar: debía educar. El intelectual Luis Herrera Campíns, como lo ha evocado *El Nacional*, poseía un "manual político" invisible, guiado por la premisa de que la libertad de prensa era indisociable de la responsabilidad moral del periodista.

Durante aquel quizás imaginario, pero sentido encuentro, me ratifico que el oficio de periodista le enseñó a pensar en titulares, pero a argumentar en profundidad. Él decía que era su manera de asegurar que el mensaje fuera accesible pero no superficial. "En el exilio en Madrid, hacer periodismo era un acto de resistencia, no un negocio. Cada línea era un fusil contra la

opresión", ajustándose los lentes, me revelaba este místico secreto. Es en estos relatos que se entiende cómo el periodismo se convirtió en su auténtico "campo de entrenamiento democrático", donde aprendió a escuchar diversas voces y a sintetizar la complejidad política sin caer en simplismos.

La palabra, para Herrera, era su herramienta más poderosa. Al evocar las confidencias de sus días en la prensa, le pregunto por esa carga casi sagrada que le daba al lenguaje. Me responde con la intensidad de quien ha medido el peso de cada sílaba:

Allí me lanzo como dardo su primer consejo para mi carrera en los medios: “El periodismo me enseñó que la palabra es un acto de fe. Si un periodista miente hoy, le cuesta a la democracia el doble recuperarse mañana. Cada titular, cada crónica, es una promesa de verdad al lector. Es la única moneda que no acepta falsificación. Yo aprendí a firmar mis textos con la conciencia de que esa firma era un contrato moral con el pueblo.”

Esta visión lo marcó de por vida. Su prosa, cargada de ironía fina y erudición accesible, contrastaba con la retórica política estridente de su época. El periodista Herrera fue el germen del político Herrera: un hombre que valoraba la crítica constructiva, que entendía que el poder corrompe si no es vigilado por una prensa libre y consciente. Su paso por las redacciones fue la cimentación de su credo demócrata-cristiano: la dignidad humana comienza por el acceso a la verdad y la posibilidad de expresar libremente el pensamiento. No sorprende que, años más tarde, desde Miraflores, mantuviera una relación compleja pero respetuosa con los medios, consciente de que su rol era necesario para la salud de la República. El papel fue su primer púlpito, la tinta su primera lección de responsabilidad histórica.

El salto del periodismo al parlamento no fue una transición, sino una expansión del mismo deber ciudadano. Durante casi veinte años, desde 1959 hasta su postulación presidencial en 1978, Luis Herrera Campíns fue una pieza central y, a menudo, el motor que impulsó e impuso con su firme razón, la vida legislativa venezolana. Fue allí, en la efervescencia del Capitolio, donde forjó su reputación como un maestro de la civilidad política y la negociación.

El análisis de sus discursos parlamentarios, fielmente recopilados por la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB), revela una constante: su defensa acérrima de la institucionalidad

democrática. Sus intervenciones no eran meros ejercicios de oratoria, sino rigurosos análisis jurídicos y sociales que hablaban de la Venezuela que él miraba. Herrera dominaba la técnica legislativa, pero la utilizaba para propósitos éticos. Él defendía la necesidad de respetar las reglas del juego, incluso, y, sobre todo, cuando el adversario tenía la razón. En palabras que hoy resuenan con urgencia, él advertía que la ley es el único dique contra el autoritarismo, y que la impaciencia es la tentación más peligrosa de un demócrata. Sus citas de la época muestran a un político que sabía balancear la vehemencia ideológica con la sensatez pragmática.

Al evocar su tiempo en el Capitolio, es inevitable recordar las palabras de **Antonio Ledezma**, quien lo honró en el *Diario Las Américas*, reconociéndole una cualidad inusual: **"Herrera era un hombre de diálogo con principios. Podías discutir con él hasta el amanecer, pero sabías que, al día siguiente, el acuerdo era sagrado."** Los testimonios de sus adversarios eran unánimes al señalar su caballerosidad. El Congreso, en aquella época, era una arena de combate verbal, pero con reglas: la sagacidad de Herrera era su arma, nunca se permitió caer en la descalificación personal. Él solo sabía cuándo atacar con ironía y cuándo extender la mano para un acuerdo. No veía a su oponente como un enemigo a destruir, sino como una pieza necesaria para la construcción del consenso nacional.

Le pregunté por esa atmósfera de respeto mutuo, casi impensable hoy. Su mirada se pierde por un momento, en el recuerdo de un hemiciclo vibrante.

Allí recordó con delirio, y evocado en sus cuentos, en la compañía de un café cerrero, solo aquel que los acarigüenos concebían: “En el Congreso se hacía política, pero también se hacía vida. Si yo discutía con Gonzalo Barrios hasta el amanecer por una ley, a la hora del almuerzo éramos compañeros de mesa, sin rencores. Eso lo aprendí de Rómulo: la política sin civilidad es una guerra de pobres diablos. Yo cultivaba mi humor, era mi escudo. La capacidad de negociación no reside en doblegar al otro, sino en mostrarle que la suma de dos verdades a medias es, a menudo, una verdad completa para la nación.”

Su humor, que a menudo desarmaba tensiones, era legendario. Relatos de pasillos lo evocan introduciendo un refrán llanero en medio de un debate acalorado, o utilizando una anécdota personal para ilustrar un punto técnico. Eso que era vital para la Democracia Cristiana como partido minoritario en ciertos momentos, era naturalmente la confianza personal y la claridad de sus

principios. No se vendía, negociaba desde la convicción. Herrera Campíns, el parlamentario, fue el artesano que demostró que la verdadera política es el arte de hacer viable lo necesario, incluso en medio de la adversidad. Su legado en el Congreso es la prueba de que el liderazgo democrático requiere más oído que voz, y más respeto por el reglamento que por las encuestas. Fue, sin duda, la fragua donde se templó el hombre que llegaría a dirigir los destinos de la nación, conforme han pasados los años, llevando consigo el peso de la ley y la lección de la palabra comprometida, esa que hizo suya y de su propiedad hasta el último día de su vida.

Si el periodismo fue su escuela, la docencia y el activismo político fueron su vocación de maestro. Luis Herrera Campíns entendió la política, en su esencia, como un acto pedagógico, es decir, un constante ejercicio de transmisión de valores y formación de conciencia ciudadana de quienes con la educación sirven a la Venezuela decente que tanto clamaba en sus discursos. Esta misma vocación que se remonta a sus años de formación en el Instituto de los Hermanos de La Salle, donde la ética y la rigurosidad académica moldearon su joven intelecto.

Durante el encuentro, él me mostraba su sincera gratitud a los profesores que no solo le enseñaron el currículo, sino el sentido de trascendencia en la vida misma del ser humano. Recuerda con especial cariño al **Hermano Basilio**, quien lo introdujo en las letras y en la disciplina del pensamiento crítico. "El Hermano Basilio me enseñó que un político debe ser, antes que nada, un humanista. Si no se lee, si no se medita, se termina siendo un burócrata ruidoso", me dice, con una ternura inesperada en su mirada. Esta influencia religiosa y humanista del lasallismo dejó una huella indeleble en su pensamiento demócrata-cristiano, lo que permitió llevarlo a recorrer y tocar a una Venezuela más humana.

Pero su cátedra más influyente no fue formal; fue su liderazgo en COPEI, partido del cual él formó parte durante muchísimos años, donde con esfuerzo, dedicación y quizás propósito divino, se dedicó a formar a generaciones de políticos jóvenes, esos que hoy recuerdan no solo al visionario, ellos evocan al mentor y amigo. Su labor consistía en **transmitir valores a sus discípulos políticos**: la **ética**, la **civilidad** y la **responsabilidad** por encima del personalismo y del protagonismo. Herrera no buscaba seguidores pasivos, ni mucho menos aduladores del momento, él buscaba líderes autónomos, capaces de disentir con respeto y proponer con audacia. Él creía en la militancia con conciencia. Quería que sus alumnos entendieran que el poder era un préstamo

temporal y que el único capital inagotable de un dirigente era su credibilidad y generar la confianza en quienes escuchan sus discursos.

Al hablar de sus discípulos, sus ojos brillan con el orgullo que solo siente un mentor. Le pregunto cuál es, a su juicio, la herencia más valiosa que puede dejar un líder. Su respuesta, que yo parafraseo como una de sus más profundas confidencias, es reveladora:

“Lo más grande que puede dejar un político no es el poder, que es pasajero y traicionero, sino discípulos que crean en la ética pública y la sirvan con honestidad. Lo que yo intenté plantar no fueron semillas de ambición, sino raíces de decencia. Si un exalumno mío hoy rechaza la corrupción, ese es mi verdadero título, esa es mi obra permanente.”

Esta filosofía impregna su concepción del liderazgo. Él no se veía como un caudillo, sino como un facilitador. Incluso en los momentos más tensos de su presidencia, su lenguaje era didáctico, buscando siempre explicar las razones de las decisiones, asumiendo los costos políticos con una franqueza que hoy se extraña. espacios como: *Reporte Católico Laico y Venezuela Inmortal*, han recogido innumerables recuerdos que lo pintan como un estratega paciente, más interesado en el proceso formativo que en el resultado inmediato. El maestro Herrera Campíns nos enseñó que la política es, esencialmente, un ejercicio de fe en la capacidad de la gente para comprender y actuar moralmente. Su legado, más allá de las inauguraciones de su gestión, reside en la siembra silenciosa de la conciencia democrática en sus alumnos.

Detrás de la figura pública, del presidente y el parlamentario, existía el hombre común: el amigo, el llanero, el esposo. Este puede ser el capítulo más humano, el que nos permite sentarnos a su lado, no ya como periodista y entrevistado, sino como simples conversadores. Luis Herrera Campíns era un hombre profundamente social, cuya vida se nutría de los lazos de la amistad y la familiaridad.

Los testimonios de amigos y adversarios que lo recuerdan pintan un retrato de sencillez. Detrás del Presidente, existía un hombre común, recordado por su círculo más íntimo por su cercanía y su humor espontáneo. Un amigo cercano, citado en *Venezuela Inmortal*, lo recordaba con cariño: **"En las fiestas de Sebucán, él no era el ex presidente; era Luis, contando un chiste con un refrán llanero, bebiendo su cocuy. Su mayor cualidad era que nunca dejó de ser un**

hombre del pueblo." Era famoso por su repertorio de **refranes criollos** que aplicaba con ingenio a la alta política, una forma de anclarse a sus orígenes y desinflar la solemnidad del poder. Su humor era su marca personal, una herramienta para humanizar la presidencia y para mantener a raya el ego, ese que hoy muchos no dejan atrás, y él con su firme inteligencia llanera lo logró.

Al momento de ir finalizando esa conversación y por esos momentos de ocio, por la vida fuera del despacho. Me cuenta con alegría de las celebraciones en Margarita, donde podía quitarse el traje de político para disfrutar del mar y de la compañía familiar. Evoca con calidez las reuniones en Sebucán, en su casa, donde la política se diluía en discusiones sobre cultura, deporte y música. Su gusto era amplio y refinado, raro en un llanero, sin embargo era Luis Herrera, era la excepción a la regla, pero nunca elitista: era un entusiasta del Teatro Teresa Carreño, la máxima joya cultural que legó al país, y un promotor devoto de las orquestas infantiles y juveniles, reconociendo en la música el poder de disciplinar y elevar el espíritu de los jóvenes.

Compartir estos recuerdos lo transporta a un lugar de paz. Me habla de la cultura como el antídoto perfecto contra la vulgaridad política, que incluso se vivió en aquellos tiempos, y que hoy no escapa de esa realidad.

el me decía, bajo la tarde y calida vista de una caracas en silencio: “Un hombre de Estado debe tener la sensibilidad despierta. A mí me alimentaba la cultura, un buen libro, la zarzuela, el boxeo, las conversaciones largas con amigos sinceros. Sin embargo la política te consume, te seca el alma, si no tienes un oasis donde refugiarse y un norte hacia donde dirigirte. Por eso, el **Teatro Teresa Carreño** en lo particular, y en mi vida no fue un capricho; fue un acto de fe en el espíritu venezolano, el de la cultura. Y las orquestas. es que con solo mirar a un niño con un violín en lugar de un arma, eso es lo que me daba la energía para seguir. La vida debe ser una fiesta civilizada, y la amistad es la música de esa fiesta.”

Este aspecto de su personalidad, su cercanía, su capacidad para ser el mismo Herrera, con sus refranes y su humanidad, tanto en el palacio como en la mesa de un amigo, es lo que explica su ascendencia más allá de COPEI tradicional. Los reportajes de la época lo describen como un hombre de caminatas mañaneras, lector infatigable, y un gran conversador. El hombre entre amigos era la base ética del hombre público, siempre tuvo claro que su función era servir a esos mismos

amigos y a la gente sencilla que representaban. La humildad y el trato cercano eran, para Herrera, formas de resistencia contra la soberbia del poder.

El legado de Luis Herrera Campíns se asienta sobre dos pilares inseparables: un profundo pensamiento demócrata-cristiano y una serie de obras culturales y sociales que buscaron elevar la dignidad del ciudadano. Su visión no era la de un mero administrador o un mero líder político, era la de un humanista que intentaba gobernar bajo la égida de principios éticos de los principios cristianos, que siempre mantuvo como su ruta en la carrera de la vida.

Su ideario político, anclado en la Doctrina Social de la Iglesia, se centró en la defensa de la dignidad humana y el concepto del "bien común". Para él, el Estado no era un fin, sino un instrumento para garantizar que cada ciudadano tuviera las condiciones para desarrollarse plenamente. Esta convicción se tradujo en políticas sociales ambiciosas, especialmente en materia de educación, cultura y salud. Él entendía que la democracia no podía ser solo una formalidad electoral, sino una realidad palpable en la calidad de vida de las personas.

Las obras culturales y sociales que marcaron su presidencia son quizás su testamento más visible. La inauguración del Teatro Teresa Carreño, un complejo cultural que hoy es un epicentro artístico, no fue una casualidad, sino la concreción de su creencia en el acceso a la alta cultura. Igualmente emblemática fue la finalización e inauguración del Monumento a la Virgen de la Paz en Trujillo, la escultura habitable más alta de América, que no solo cumplía una promesa de fe, sino que promovía el desarrollo turístico y espiritual de una región. Y, por supuesto, su apoyo sostenido al Sistema Nacional de Orquestas Juveniles e Infantiles de Venezuela, que creció exponencialmente bajo su mandato, lo que demostraba su compromiso con el futuro de la juventud a través del arte.

Paseando alrededor del patio de su hogar, me atreví a preguntarle por la vigencia de su pensamiento en la política venezolana actual, tan alejada de la civilidad que él practicó. Me contesta con una mezcla de melancolía y esperanza.

El me ha dicho, al sorbo de la última taza de café; “La política sin amistad es un desierto. Yo me esforcé por tender puentes, por entender al adversario, por no traicionar la palabra dada. Mi legado no es de grandes cifras, sino de grandes gestos: el respeto por la cultura como patrimonio

nacional, el apoyo a la fe, la defensa del disenso. Mi pensamiento sigue vigente porque la dignidad humana es atemporal. El día que los políticos entiendan que su trabajo es construir, no destruir al otro, habremos vuelto al camino. Hay que cultivar la amistad, la lealtad y la ética como herramientas políticas, no como adornos.”

Mi reflexión final, al cierre de esta conversación, es un llamado a la nobleza de la política. Herrera, el demócrata-cristiano, fue un hombre que vio la presidencia no como el cénit del poder, sino como la máxima responsabilidad de servicio. Su humanismo no era teórico; se manifestó en la creación de espacios y oportunidades para que el venezolano común pudiera vivir una vida más plena, más culta y más digna. Su visión era que la cultura y la educación eran la única manera de cimentar una democracia robusta y duradera, una lección que la historia reciente ha demostrado trágicamente necesaria.

Al finalizar esta entrevista imaginaria, me queda la certeza de que el mayor título de Luis Herrera Campíns no fue el de Presidente de la República, sino el de Maestro de la Democracia y la Humanidad. Su vida entera, desde el periodismo hasta el solio presidencial, fue un magisterio continuo sobre el poder transformador de la palabra, la necesidad de la civilidad y la primacía de la ética en el servicio público.

Como futuro periodista, la lección que extraigo de Herrera es fundamental: el oficio no se mide en la capacidad de generar controversia, sino en la solidez de la verdad y la responsabilidad con que se maneja la información. Herrera me enseñó que la palabra es un “acto de fe” y, por extensión, el periodista es un apóstol de la vida, donde el custodio de esa fe. Si la prensa abdica de su responsabilidad ética, la civilidad se derrumba y la política se vuelve bruta.

El parlamentario Herrera me dejó la enseñanza de que la negociación no es debilidad, sino la máxima expresión de la fortaleza democrática. El Herrera hombre, con sus refranes y su amor por la música, me recordó que la humanidad del líder es su mejor arma contra la petrificación del poder. Su figura, por momentos olvidada, es un testimonio de la Venezuela que creía en la discusión de ideas, en la construcción de obras perdurables y en la decencia como norma.

Al cierre de mi cuaderno le agradecí por el tiempo. Durante nuestra última caminata, aquella mirada me acompaña hasta la puerta, y al sonar del último abrazo, me dijo: “Vaya tranquilo,

discípulo,” me dice con su voz pausada. “Y no olvide que la política pasa, el gobierno cambia, pero la palabra queda. Sea usted fiel a ella.”

Es la última confidencia, un encargo que trasciende el tiempo y la política. Luis Herrera Campíns, el periodista, el parlamentario, el presidente, permanece como el maestro que, a través del ejemplo, nos sigue recordando que la decencia es la única estrategia política que, a largo plazo, resulta vencedora. Su legado es un mapa para quienes hoy buscan reconstruir la Venezuela perdida en el diálogo y el respeto mutuo.